

algunos testigos conociesen el valor de mis cartas. Pásemos ahora á esa otra habitación, porque no necesitamos luz, y os manifestaré lo que tengo que deciros.

CAPITULO IX.

Se ganó la partida.

Sydney Cartone y Barsad se hallaban en la habitación inmediata y hablaban tan quedo, que apenas se percibía el timbre de su voz. Mr. Lorry miró á maese Cruncher de un modo nada satisfactorio. En honor de la verdad, la actitud de aquel honrado comerciante no era capaz de inspirar maldita la confianza. Descansando tan pronto sobre el pié derecho como sobre el izquierdo, se miraba las uñas de las manos con una atención harto sospechosa, y cuando sus ojos tropezaron con los de su amo, tuvo un ataque de esa tos especial que obliga á taparse la boca con el hueco de la mano, y que no revela nunca un carácter lleno de franqueza.

—Acercáos, Jerry, dijo el gentleman.

Nuestro hombre se acercó recelosamente y de medio lado.

—¿En qué os ocupábais antes de ser demandadero?

Jerry, despues de reflexionar algunos instantes, contestó una luminosa idea, y contestó que era labrador.

—Tengo motivos para sospechar, repuso el gentleman moviendo el dedo índice con ademán severo, que os habeis servido de la casa Tellson para encubrir una profesión ilícita é infame. Si esto es así, no esperéis continuar á mi lado cuando nos hallemos en Inglaterra, ni esperéis tampoco que yo guarde vuestro secreto. Estoy dispuesto á no tolerar que se abuse del nombre de Tellson.

—Señor, exclamó Cruncher con acento compungido, yo me atrevo á esperar que un gentleman á quien tengo el honor de servir hace ya tantos años, procurará no perjudicar á un pobre hombre que ha encanecido en su servicio. Aun cuando la cosa fuese cierta (no quiere decir esto que lo sea, pero aún cuando lo fuese), yo pagaría mis culpas por más de un estilo. Hay muchos doctores que ganan infinidad de guineas en negocios en que un pobre hombre recoge tan sólo algunos ochavos, algunos miserables maravedís; ellos van á colocar sus fondos en la casa Tellson, y al pasar le hacen á uno algun guiño para indicarle que necesitan ejemplares para sus estudios de disección; suben en su carruaje y desaparecen; pero engañan á la casa, porque vos sois excesivamente bueno y no podeis censurar al pequeño sin acusar también al grande. Además, mi mujer pide al cielo que se oponga á mi comercio, y eso me arruina, me arruina en toda la extensión de la palabra. Las esposas de los médicos no rezan nunca contra la clientela, por el contrario, si dirigen sus ruegos al Señor, es para que procure enfermos á sus maridos; y ¿cómo podrían éstos cuidar á los vivos si no hubiesen tenido á su disposición algunos muertos? Luego hay que luchar con los encargados de los entierros, los curas de la parroquia, los sacristanes y los llorones, gente toda muy apegada al dinero y que interviene siempre en esta clase de negocios; y yo os aseguro que no ganaría uno gran cosa, aún suponiendo que fuese verdad lo que decís. Lo poco que eso produce no sirve de nada; maldito lo que uno prospera; y de buena gana abandonaríais esa industria si fuera posible ganarse el pan de otro modo cualquiera, suponiendo, como digo, que la cosa fuese cierta.

—Quitáos de mi presencia, hombre repugnante, dijo Mr. Lorry, que sin embargo iba ablandándose algun tanto.

—Señor, prosiguió Cruncher, aún cuando el hecho fue-

se cierto, lo cual no quiere decir que lo sea, yo os suplico con la mayor humildad del mundo...

—Hablad con menos rodeos, dijo el gentleman.

—No, señor, no, contestó Jerry como si efectivamente no tuviese esta picara costumbre; no, señor, yo no ando nunca con rodeos; lo que yo quiero deciros es que en el banquillo situado á la puerta del Banco, y en el cual he permanecido tantos años, se sienta hoy mi hijo, que es ya un hombre, y que se halla dispuesto á recibir vuestras órdenes, á cumplir todos vuestros encargos y á hacer todo cuanto os plazca mandarle. Señor, áun suponiendo que el hecho en cuestion fuese cierto, lo cual estoy muy lejos de afirmar, porque estoy hablando sin rodeos, permitid que mi hijo continúe ocupando su puesto á la puerta del Banco, á fin de que andando el tiempo pueda aliviar la suerte de sus ancianos padres. No hagais que él pague las faltas cometidas por su padre; influid para que ese padre infeliz sea nombrado sepulturero y se dedique á enterrar los muertos en justa compensacion de los que lleva desenterrados. Esto es, señor, añadió Cruncher enjugándose con la manga el sudor de la frente, esto es todo cuanto os pido con la mayor humildad. Tened la bondad de recordar, Mr. Lorry, que si he revelado el hecho en cuestion, ha sido únicamente por servir la buena causa, cuando nada me hubiera sido tan fácil como permanecer callado para no perder vuestra estimacion y vuestra confianza.

—Es verdad, dijo el gentleman; no hablemos más del asunto. Es posible que continueis á mi lado si llegais á merecerlo por vuestra conducta, manifestando vuestro arrepentimiento con hechos y no con vanas palabras.

En este momento, Sydney Cartone y el espia salieron de la habitacion inmediata.

—Adios, Mr. Barsad, dijo Cartone; es asunto concluido; ya no teneis nada que temer.

Cogió una silla y fué á sentarse al lado del gentleman,

el cual, tan pronto como se hallaron solos, le preguntó qué era lo que habia conseguido del espia.

—Poca cosa, respondió Cartone; si la cosa toma mal aspecto, celebraré una entrevista con Darnay.

La fisonomia de Mr. Lorry reveló un profundo desencanto.

—Eso es todo lo que he podido conseguir, repuso Cartone; pedir algo más hubiera sido colocar la cabeza de ese hombre bajo la cuchilla de la guillotina; eso es lo peor que podia sucedernos, porque de ese modo perderia yo toda la ventaja que llevo en este asunto.

—Pero si condenan á Carlos, exclamó el gentleman, ¿de qué servirá que celebreis con él una entrevista?

—Ya lo veremos más adelante.

Los ojos del gentleman se fijaron en el fuego de la chimenea; el cariño que Lucía le inspiraba y lo inesperado de aquel terrible golpe debilitaron su valor, convirtiéndose repentinamente en un anciano agobiado por toda clase de inquietudes, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Sois un hombre de bien y un verdadero amigo, dijo Sydney con voz entrecortada. Dispensadme que observe vuestra afliccion; pero no me seria posible permanecer indiferente al ver el llanto de mi padre, y vuestro dolor es para mí tan sagrado como lo hubiera sido el suyo. Afortunadamente, no teneis el pesar de que yo sea vuestro hijo.

Aun cuando pronunció estas palabras con cierto tono de indiferencia, revelábase en su voz una pasion y un respeto que extrañaron sobremanera á Mr. Lorry, el cual no le habia visto nunca tan sério.

—Pero ocupémonos principalmente de ese pobre Darnay, repuso Cartone estrechando afectuosamente la mano que le presentaba el anciano; es preciso que no hableis á su mujer ni una sola palabra de la entrevista que pien-

so tener con él. El trato que hemos hecho Barsad y yo no permite que Lucía pueda ver al detenido; por consiguiente es inútil decirle nada de esto; podría figurarse que quiero celebrar esta entrevista para procurar á su marido algún medio de suicidarse.

El anciano miró á Sydney como queriendo leer en su fisonomía si pensaba efectivamente en semejante cosa.

—Lucía se figuraría una porción de desatinos, prosiguió Cartone que habia comprendido la mirada del gentleman, y eso no serviría mas que para aumentar su tranquilidad. No le habléis de mí; como os dije al principio, es mucho mejor que yo no la vea. Id vos á visitarla; ¡debe sufrir tanto!

—Voy á verla ahora mismo.

—Yo os lo agradezco con toda mi alma; ¡os quiere tan de veras! Decidme: ¿está muy cambiada?

—Está siempre llena de inquietud y profundamente triste; pero continúa tan hermosa como siempre.

—¡Ah!...

Esta exclamacion prolongada fué triste como un suspiro, ó más bien como un sollozo. Mr. Lorry, sintiendo en sí mismo el dolor que revelaba, se volvió hácia Cartone, cuya cabeza se hallaba inclinada hácia la chimenea. Una sombra ó un rayo pasó sobre su frente con tanta rapidez como la luz en la cumbre de una montaña cuando el sol aparece á través de las nubes. Rechazó con el pié uno de los encendidos leños que acababa de rodar á la parte de afuera; llevaba un sobretodo de paño blanco, las botas altas que entonces eran tan de moda, y las llamas, al reflejarse en las prendas que vestía, aumentaron su palidez. Mr. Lorry le hizo observar con alguna viveza que su pié, que continuaba sobre el leño encendido, se hallaba en medio de las brasas.

—No lo habia notado, dijo.

El tono con que pronunció estas palabras hizo que el

gentleman le mirase nuevamente, y al ver sus descompuestas facciones, pensó sin querer en el demudado rostro de los presos.

—¿Conque por lo visto, dijo Cartone volviéndose hácia el anciano, pensáis salir de París dentro de poco tiempo?

—Sí, amigo mio; como os decia ayer en el momento de entrar Lucía, ya no me obliga á permanecer aqui ninguno de mis asuntos; todos mis papeles se hallan en regla, y estoy dispuesto á ponerme en camino.

Permanecieron algun tiempo silenciosos.

—Teneis una larga carrera, de la cual podeis estar satisfecho, repuso Cartone con aire preocupado.

—Muy larga en efecto; ya he cumplido setenta y ocho años.

—Habeis sido siempre útil y habeis trabajado constantemente; vos poseis la confianza, el respeto y la estimacion de todos.

—Estoy empleado en el Banco desde que tengo uso de razon; apenas salí de la infancia empecé á consagrarme á los negocios.

—Y ellos os han procurado una excelente posicion; ¡cuántas personas os echarán de menos; qué inmenso vacío dejareis al morir!

—¿Qué vacío quereis que deje un viejo solteron? dijo el gentleman moviendo tristemente la cabeza; ¿quién ha de echarme de menos?

—¡Ah Mr. Lorry! Lucía os llorará; ella y su hija sentirán correr sus lágrimas al recordar á su excelente amigo.

—Es verdad; no sabia lo que me decia.

—Y eso bien merece que os mostreis agradecido á Dios.

—Os aseguro que pienso del mismo modo que vos.

—Pero si en el fondo de vuestro solitario corazon ex-

clamáseis esta noche: «Yo no he sabido ganar el agradecimiento ni la estimación de nadie; yo no he logrado el cariño de ningún alma generosa; yo no he hecho nada bueno ni útil que pueda dejar de mí el más insignificante recuerdo;» ¿no sentiríais vuestros setenta y ocho años como otras tantas maldiciones?

—Indudablemente.

Cartone contempló el fuego de la chimenea y permaneció silencioso.

—Yo quisiera haceros una pregunta, dijo después de una larga pausa: ¿os parece que ha transcurrido mucho tiempo desde vuestra infancia hasta hoy? ¿Creéis que la época en que os hallábais sobre el regazo de vuestra madre es una época muy remota?

—Así lo creía hace veinte años, pero hoy lo veo de muy distinto modo; cuanto más cerca me hallo del fin, más me aproximo al principio. Esta es una de las cosas que á mi edad hacen el camino mucho más fácil y más llevadero; mi corazón se siente agitado por una inlinidad de recuerdos dormidos hasta hace poco; recuerdo el rostro encantador de mi madre, que ahora sería tan anciana; la veo en los mejores días de su juventud, y gracias á las ideas que despierta en mí este recuerdo, creo hallarme en los días en que las realidades de lo que se llama el mundo no existían para mí, y en los días felices en que apenas habían comenzado á germinar mis defectos.

—Comprendo todas las impresiones que experimenta vuestra alma, exclamó Cartone con animado acento; eso os hará ser mucho más bueno, ¿no es verdad?

—Así lo creo.

—Sydney se levantó para ayudar al anciano á ponerse su sobretodo.

—Pero vos, le dijo el banquero, sois aún bastante joven.

—Sí, respondió Cartone, tengo pocos años; pero la sen-

da que he seguido no conduce á la vejez. Pero ¿á qué hemos de ocuparnos de mi persona?

—¿Y de la mía? dijo el gentleman. ¿Venís conmigo hasta la puerta?

—Sí, tengo que salir; si acaso vuelvo demasiado tarde no paseis cuidado; ya conocéis mis malos hábitos; tal vez no vuelva por aquí hasta ser de día. ¿Reís al tribunal?

—Desgraciadamente sí.

—Yo también iré, pero me quedaré entre la multitud. Tened la bondad de aceptar mi brazo.

Algunos minutos después llegó el viejo gentleman al punto de su destino; Cartone se separó de él; pero después de dar varias vueltas por aquellos alrededores, volvió de nuevo á la puerta de Lucía Darnay.

—De aquí salía ella todos los días para dirigirse á la cárcel, dijo para sí. Iba por esa calle, luego por aquella otra. Ella ha andado sobre estas piedras; sigamos la huella de sus pasos.

Eran ya las diez cuando llegó á la esquina de la tortuosa calle tan frecuentemente visitada por Lucía. El serrador de madera había cerrado su tienda y se hallaba fumando delante de la puerta.

—Buenas noches, ciudadano, le dijo el inglés deteniéndose á su lado.

—Buenas noches, ciudadano.

—¿Qué tal anda la República?

—Querrás decir la guillotina; no anda mal: hoy hemos tenido sesenta y tres cabezas, y pronto llegaremos á la centena. El verdugo y sus ayudantes dicen que están ya rendidos. Já, já, já. ¡Te aseguro que ese picaro Sanson es un excelente barbero!

—Y vais algunas veces á verle...

—¿Trabajar? Todos los días. ¿No le habeis visto nunca dedicado á su faena?

—Nunca.

—Pues creedme; vale la pena de que vayais á verle; pero escoged un dia en que haya una buena hornada. ¡Figuráos, ciudadano, que ha afeitado hoy á sesenta y tres individuos en ménos de dos pipas; en ménos de dos pipas, ciudadano; palabra de honor!

El hombrecillo, al pronunciar estas palabras, mostró la pipa en que se hallaba fumando, para explicar el modo con que él acostumbraba á medir el tiempo. Cartone sintió tales deseos de apretarle el gaxnate, que le volvió la espalda dispuesto á alejarse.

—Pero vos no sois inglés, por más que lleveis ese traje, le dijo gritando el serrador de madera.

—Sí lo soy, respondió Cartone mirándole por encima del hombro y deteniéndose nuevamente.

—Hablais como un francés.

—Porque he hecho mis estudios en París.

—Pues cualquiera diria que habíais nacido en Francia. Buenas noches, *inglés*.

—Buenas noches, ciudadano.

—No dejéis de ir á ver á ese diablo de Sanson, dijo el serrador de madera volviendo á insistir en su tema; id á verle sin falta, y llevad una pipa.

Cuando Sydney perdió de vista al patriota, se detuvo á la luz de un farol, sacó un lapicero y se puso á escribir en un papel. Continuando luego su marcha con la seguridad de un hombre que conoce perfectamente su camino, recorrió varias calles oscuras, tanto más súcias cuanto que en aquellos dias de terror no se barrían ni siquiera las principales vias, y se detuvo enfrente de la oficina de un farmacéutico, el cual se disponia ya á cerrar la puerta de su botica, que era un tenducho oscuro y mal acondicionado, administrado por un hombrecillo de muy mal aspecto.

Sydney, despues de dar las buenas noches al farmacéutico, que volvió á entrar en su botica, le presentó el

trozo de papel en que acababa de escribir. El boticario se puso á silbar mientras leia en voz baja la receta que acababan de entregarle, y dijo á Cartone:

—¿Es para vos, ciudadano?

—Sí, para mí.

—Pues guardadlos aparte, ciudadano; ¿sabeis lo que resultaria de esta mezcla?

—Lo sé perfectamente.

El boticario le entregó varios paquetes; Cartone fué guardándolos uno por uno en el bolsillo interior de su levita, pagó lo que debía y salió de la tienda.

—Ya no tengo que hacer nada más hasta mañana, dijo contemplando las nubes, furiosamente impelidas por el viento; sin embargo, comprendo que me seria imposible dormir.

Pronunció estas palabras sin afectación ni abandono, pero con el acento de un hombre que, despues de haberse extraviado, ha tratado de orientarse durante largo tiempo, y rendido de fatiga halla por último el camino que hubiera debido seguir y se encuentra al fin de su jornada.

Muy jóven todavía en la época en que siendo el primero de su clase hacia concebir las más lisonjeras esperanzas, habia seguido el féretro de su padre (su madre habia muerto pocos años antes); y al recorrer aquellas oscuras calles en que la luna, atravesando las nubes aparecia de cuando en cuando, acudian á su memoria las solemnes palabras que en aquellas tristes circunstancias se habian leído en el cementerio.

«Yo soy la resurreccion y la vida, dijo el Señor; el que cree en mí vivirá despues de muerto; y el que vive en mí tiene segura la vida eterna.»

Solo, en medio de aquella noche de invierno, en una ciudad dominada por el cadalso, pensando con verdadero dolor en las sesenta y tres cabezas que habian caído

aquel mismo día y en los detenidos á quienes estaba reservada una suerte análoga, Cartone hubiera podido descubrir fácilmente la asociacion de ideas que traía á su imaginacion aquellas palabras, como un áncora perdida durante mucho tiempo en el fondo del mar; no trató sin embargo de buscarla, pero volvió á repetir aquellas sagradas palabras mientras continuaba su camino.

Miraba lleno de emocion las ventanas de las habitaciones en que los demás encontraban en el sueño el olvido de los horrores del día; deteníase á la puerta de las iglesias en que ya no oraba nadie, porque de la impostura, de la corrupcion y de la sed de riquezas que se habia apoderado de los falsos sacerdotes, habia salido la impiedad del pueblo; pensaba en los lugares consagrados al reposo eterno, segun rezaba la inscripcion colocada en las puertas de los cementerios; pensaba en las cárceles, atestadas de víctimas, y en el camino que seguian muchos infelices condenados para sufrir una pena que habia llegado á ser tan comun, que nadie hablaba del ángel vengador que habia de aparecerse á la multitud para pedirle cuentas de los crímenes de la guillotina. Y Cartone, interesándose muy de veras en la vida que dormitaba en las sombras, y en la muerte que habia suspendido hasta el día siguiente su horrible furor, cruzó al otro lado del Sena y recorrió otras calles ménos sombrías.

Halló en ellas muy pocos carruajes; el individuo que se hubiera atrevido á salir en coche, hubiese sido tenido por sospechoso, y las personas distinguidas ocultaban su cabeza bajo el gorro republicano, calzaban enormes zuecos y parecian complacerse en andar sobre el barro. Pero no por eso habia ménos concurrencia en los teatros, y las gentes que abandonaban los espectáculos pasaron alegremente al lado de Cartone, dividiéronse luego en pequeños grupos y se dirigieron por último, charlando animadamente, á sus respectivos domicilios. Delante de uno de

los teatros, una niña y su madre buscaban con la vista el sitio ménos cubierto de lodo para pasar al otro lado de la calle; Sydney cogió á la muchacha, la pasó á la otra acera, y antes de que aquellos brazos infantiles se desprendiesen de su cuello, pidió un beso á la niña.

«Yo soy la resurreccion y la vida, dijo el Señor; el que cree en mí vivirá despues de muerto; y el que vive en mí tiene segura la vida eterna.»

En aquel momento en que ya las calles habian vuelto á quedar silenciosas y la noche estaba ya bastante adelantada, las palabras del texto sagrado se hallaban en el eco de sus pasos y en el murmullo del viento.

Concluyó, por fin, la noche. En tanto que Cartone, apoyado sobre el pretil de un puente, escuchaba el ruido de las aguas del Sena, que iban á estrellarse contra los muelles de la ciudad, y contemplaba el pintoresco conjunto del antiguo París iluminado por la luz de la luna, el sol apareció friamente como un rostro cadavérico escapado del cielo; las estrellas y las tinieblas palidicieron y se desvanecieron, y durante algunos instantes la creacion toda pareció dominada por el génio de la muerte.

Pero el sol, elevándose sobre su radiante trono, repitió las palabras de vida, que resonaron en cada uno de sus rayos; Cartone las sintió vibrar en su corazon, y contempló respetuosamente la arcada de luz que brillaba entre el sol y él, iluminando espléndidamente las aguas del rio.

La rápida y profunda corriente se le apareció en aquel momento como una amiga cuya esencia era la misma que la suya; aproximóse al rio y, acostándose á la orilla, se durmió á la luz del claro día. Al despertarse dió un corto paseo por la orilla del Sena y contempló un remolino que giraba sin objeto en medio de las aguas. «Lo mismo que yo,» exclamó al ver que el rio arrastraba aquel pequeño torbellino para precipitarlo en el mar.

Un barco, cuya vela tenia el pálido color de una hoja seca, pasó por delante de sus ojos y desapareció. En aquel instante, la oracion que surgia de su corazón para impedir de Dios el perdon de sus culpas, terminó con estas palabras: «Yo soy la resurreccion y la vida, y el que vive en mí tiene segura la vida eterna».

Cuando Sydney volvió á su domicilio habia ya salido el gentleman; fácil era adivinar en dónde podia hallarse aquel excelente hombre. Sydney tomó una taza de café, comió un poco de pan, cambió de trage y se dirigió al tribunal.

Cuando el espía acompañó á Cartone hasta un oscuro rincón de la sala, confundiendo despues entre la multitud, todos los concurrentes se hallaban vivamente agitados. Mr. Lorry y el doctor ocupaban la primera fila; Lucía se hallaba al lado de su padre.

Al presentarse Darnay, la jóven le dirigió una mirada tan amorosa y tan viva, que la sangre afluyó al rostro del detenido y animó poderosamente su corazón. Un observador hubiera podido notar que la mirada de la jóven ejercia en Cartone la misma influencia que en el acusado.

Ante aquel tribunal excepcional, el derecho de defensa no se hallaba garantizado por ninguna clase de procedimiento.

Si no se hubiese hecho en otra época un abuso tan monstruoso de las formalidades y de las leyes, no hubiera la justicia revolucionaria llevado la venganza hasta el punto de suicidarse arrojando al viento los restos del antiguo orden judicial.

Todas las miradas se hallaban fijadas en el jurado, compuesto de los mismos patriotas que lo formaban el dia anterior y lo formarian al dia siguiente. Distinguíase entre todos ellos un hombre de rostro famélico, cuyos dedos vagaban constantemente en torno de sus labios, y

cuya presencia causaba á los espectadores una viva satisfaccion, aquel individuo, sediento de sangre, desalvaje mirada y siniestras intenciones, era el Jacobo tercero del chirivital del arrabal de San Antonio; todo el jurado en masa no era sino una coleccion de perros de presa elegidos para juzgar al inocente cervatillo.

Todos los circunstantes examinaron inmediatamente al acusador y á los cinco jueces. Ninguna debilidad habia que temer por parte de ellos; todos eran igualmente crueles, impasibles y partidarios acérrimos del asesinato legal. Todas las miradas se buscaron entre la multitud, designaron al tribunal con visibles muestras de aprobacion, y todas las cabezas se hicieron mutuamente señas de alegría, antes de consagrar á los jueces toda su atencion.

«Cárlos Evremont, llamado Cárlos Darnay, puesto en libertad ayer por la mañana, y acusado nuevamente en el mismo dia, encarcelado durante la noche, denunciado como enemigo de la República, aristócrata, miembro de una familia de tiranos y de una raza proscrita, por haber empleado sus antiguos privilegios en la infame opresion del pueblo; en virtud de cuya proscripcion, Cárlos Evremont, llamado Cárlos Darnay, ha muerto civilmente.»

El acusador público pronunció con este motivo algunas brevisimas frases.

—¿Ha sido denunciado el acusado pública ó secretamente?

—Públicamente.

—¿Por quién?

—Por tres individuos: Ernesto Defarge, tabernero en el arrabal de San Antonio.

—Bien.

—Teresa Defarge, su mujer.

—Bien.

—Alejandro Manette, doctor en medicina.

Prodújose en la sala un gran tumulto. El doctor Ma-

nete, pálido y tembloroso, se hallaba de pié en el sitio que ocupaba.

—Presidente, exclamó, yo protesto; la acusacion que se lanza contra mí en este momento, es una mentira, una vil calumnia. El detenido es mi yerno, ya lo sabeis; y las personas que merecen el amor de mi hija, me son más queridos que mi propia vida. ¿Quién es el infame que se atreve á decir que yo he denunciado al que constituye la felicidad de mi hija?

—Tened calma, ciudadano Manette; la falta de sumision á la sentencia del tribunal, te colocaria fuera de la ley. En cuanto á eso de que hay personas que te son más queridas que la vida, debo advertirte que lo que más debe querer un buen ciudadano, es la República.

Esta reprimenda fué seguida de una gran salva de aplausos. El presidente agitó la campanilla y repuso con calurosa entonacion:

—Si la República te pidiese tu propia hija, tendrías el deber de hacer ese sacrificio. Presta ahora atencion, y no vuelvas á interrumpirnos.

Los concurrentes volvieron á aplaudir estrepitosamente: el doctor cayó desplomado sobre su asiento; su mirada vagaba en torno de la sala, y sus lábios temblaban. Su hija se acercó á él con cariñosa solitud. El juez de rostro famélico se restregó las manos y llevó la derecha hácia la boea, segun su inveterada costumbre.

Defarge, que compareció como testigo tan pronto como se hizo algun silencio en la sala, refirió lacónicamente que se hallaba al servicio del doctor en la época en que éste fué encarcelado, y describió el estado en que se hallaba el prisionero cuando fué puesto en libertad, despues de diez y ocho años de encareelacion.

—¿No fuiste tú, ciudadano, uno de los que más se distinguieron en la toma de la Bastilla?

—Creo que sí.

—Tú luchaste como un valiente; ¿por qué no há decirse la verdad? exclamó con voz chillona una mujer que se hallaba entre la multitud. Tú disparaste admirablemente el cañon y fuiste uno de los primeros que entraron en aquella maldita fortaleza. ¡Patriotas, esa es la pura verdad!

Era la Venganza, que tomaba parte en los debates en medio de la general satisfaccion. El presidente quiso llamarla al órden:

—¡Valiente cosa me importa á mí tu campanilla! exclamó ella; y su voz fué apagada por estrepitosos y frenéticos aplausos.

—Ciudadano, da cuenta al tribunal de lo que hiciste despues de penetrar en la Bastilla.

—Yo sabia, continuó Defarge, dirigiendo una mirada á su mujer que no apartaba de él la vista ni un momento, yo sabia que el preso en cuestion habia ocupado el número 105 de la torre del Norte. En la época en que hacia zapatos en mi guardilla se designaba á sí mismo con el número de su calabozo. El dia de la batalla, mientras yo cargaba mi cañon, resolví entrar en la plaza tan pronto como fuese tomada y examinar el número 105. Venció el pueblo, entramos todos allí, y penetré en aquel calabozo con un compañero que hoy forma parte de este jurado. Examiné cuidadosamente aquella celda, y en la chimenea, debajo de una piedra que arranqué fácilmente, por haber sido ya removida en otro tiempo, hallé el papel que aquí os presento. Yo conozco la letra del preso y puedo aseguráros que estas líneas han sido trazadas por la mano del doctor Manette; aquí las teneis, presidente, tal y como las he hallado.

—¡Que se lean! ¡que se lean! grito la multitud.

Todos guardaron el más profundo silencio. El acusado miraba á su mujer con la mayor ternura; Lucía no separaba de él sus ojos sino para mirar á su padre; Mme. Defarge no apartaba la vista del preso; el tabernero con-

templaba la viva satisfacción de su mujer; los espectadores todos examinaban al doctor, y éste solo veía al presidente, el cual comenzó la lectura del documento que el testigo acababa de entregarle.

CAPITULO X.

La sustancia de la sombra.

«Yo, Alejandro Manette, doctor en medicina, natural de Beauvais y vecino de París, escribo estas líneas desde la triste prision que ocupó en la Bastilla, en Diciembre de 1767. Lo hago á ratos perdidos, y sólo venciendo grandes obstáculos puedo conseguirlo. A fuerza de trabajo he logrado mover una piedra de la pared interior de la chimenea, y detrás de ella pienso ocultar estas páginas. Tal vez las halle un día alguna mano caritativa, cuando yo no sea sino misero polvo y no quede de mis sufrimientos el más insignificante recuerdo.

»Estas palabras están trazadas con una punta de hierro mojada en sebo desleído en mi propia sangre; estos pobres elementos hacen que mi tarea sea sobradamente difícil.

»A últimos del mes de la fecha, hará diez años cumplidos que me hallo en esta prision. Síntomas bien terribles me hacen comprender que dentro de muy poco perderé la razón, pero juro que en la hora presente me hallo en la cabal posesion de todas mis facultades, que la memoria me es fiel, que mis recuerdos son exactos y que estoy pronto á responder en la presencia de Dios de la verdad de los sucesos que trato de apuntar. Estas líneas

son las últimas que trazará mi mano, y las escribo con arreglo á mi conciencia, hállense ó no destinadas á caer más tarde en manos de los hombres.

»En la noche del 22 de Diciembre de 1757 me hallaba paseando por el muelle, á una gran distancia de mi casa, situada en la calle de la Escuela de Medicina, cuando oí el ruido de un carruaje que corría rápidamente detrás de mí. Al echarme á un lado para dejarle expedito el camino, se asomó una persona á la ventanilla, mandó parar al cochero, y me llamó por mi nombre. Yo me dirigí hácia el carruaje, que los caballos habian arrastrado á una distancia bastante larga antes de que el cochero pudiera detenerlos, y ví que dos caballeros que acababan de apearse me esperaban al lado de la portezuela. Hallábanse envueltos en grandes capas como si tuviesen el propósito de ocultarse; yo ví, sin embargo, que tenían aproximadamente la misma edad que yo, tal vez eran algo más jóvenes; creí observar entre ambos una gran semejanza: eran de la misma estatura, tenían la misma voz y las mismas facciones.

—¿Sois el doctor Manette? me preguntó uno de los dos hermanos.

—Sí, señor.

—¿No habitábais en Beauvais, y gozais ya de una gran reputacion á pesar de hallaros desde hace poco tiempo en París? dijo el otro.

—Yo soy efectivamente la persona de quien habláis de un modo tan lisongero, les contesté yo.

—Hemos estado en vuestra casa, y nos han dicho que probablemente os halláramos por aquí; os necesitamos con suma urgencia; doctor, tened la bondad de subir á nuestro carruaje.

»Estas últimas palabras fueron pronunciadas con imperioso tono; los dos hermanos se habian colocado de un modo á propósito para cortarme la retirada; además lle-